

escuadra, y de proponer al supremo gobierno de Chile pensamientos que concilian todos los intereses.

Nadie más que yo, milord, desea el acierto en la elección de medios para concluir la obra que he emprendido. Arrastrado por el imperio de las circunstancias á ocupar un asiento que abandonaré, libre que sea el país de los enemigos, deseo volver con honor á la clase de ciudadano. Mi mejor amigo, es el que enmienda mis errores ó reprueba mis desaciertos. César habría hecho morir al nieto de Pompeyo si no hubiese escuchado un buen consejo. Estoy pronto á recibir de V., milord, cuantos V. quiera darme, porque acaso el resplandor que de intento se me presenta delante de mis ojos, me deslumbra sin conocerlo. En esta parte V. me encontrará siempre accesible y franco.

He preferido dar á V. por el pronto esta contestación, porque la enfermedad del caballero García me ha impedido hacerlo de oficio: la daré en el momento que me sea posible.

Entretanto, creo que será á V. grato saber, que el benemérito coronel Miller ha ocupado con sus tropas á Ica, y que el general La Serna ha sufrido tal pérdida de bagajes, transportes, efectos y soldados, que no ha podido moverse de su situación, y el día 1.º de éste aun ignoraba el general Canterac la posición de La Serna. El Callao sigue también en grandes apuros. Ojalá veamos pronto el término de la campaña, y que V. tenga siempre motivos de conocer que en ninguna situación deja de ser consecuente con sus principios, su amigo afectísimo, Q. B. S. M. — JOSÉ DE SAN MARTÍN.

IV

Cochrane á San Martín, le da sus quejas, haciéndole reproches con motivo de su última conferencia. (*Autógrafo.*)

« O'Higgins », 9th August 1821. — My dear General: Would to God that Saturday the 5th of this month had been blotted from the days of my life, because impressions have sunk deep into my

mind which I would I could eradicate. O! the painful sensations which yet vibrate — they make me wretched.

What! San Martín, the just and honorable, did he even in a moment of warmth, utter sentiments which ought not to have arisen in his liberal mind!

Did he not? did not that San Martín whom I deemed my friend, looking with cold indifference, bid me send the squadron where I pleased, and go where I liked — only because I asked of him that which was good for his service! Aye! did he not say in return for the many anxious hours I have spent in the painful and delicate situation which I hold « you may go when you please ». Ah! General, it was a grievous day for me — one which I never expected to have seen, though doubts at times arose in my mind whether the talking of persons who had treated me ill to your house and table might not ultimately break the harmony and tear asunder the confidence with which you honoured me.

Never can I meet you until I feel that I can do so without a tear in my eyes. I am inclined to shun the society of men — in all heretofore I have been disappointed. I shall retire where the friendship of Lady Cochrane will add to the consolation which I feel, as never having done an intended injury to man, or committed one act with which my conscience reproaches me.

That you may succeed in all your endeavours for the good of mankind — that you may be as great as justice, honour, wisdom, and every virtue can make you, is the prayer of your sorrowful but sincere friend. — COCHRANE. — To his Excy. the Protector.

(Traducción de la anterior.)

Á bordo de la O'Higgins, agosto 9 de 1821. — Mi querido General: Quisiera Dios que el sábado cinco de este mes hubiese sido borrado de los días de mi vida, porque ha dejado profundas impresiones en mi alma, que quisiera poder desarraigar. Oh! penosas impresiones que todavía vibran — me hacen desgraciado. Qué! San

Martín el justo y honorable, ha podido, aun en un momento de acaloramiento, expresar sentimientos que no debían haber tenido cabida en su espíritu liberal? — ¿No lo ha hecho así? San Martín, á quien creía mi amigo, ¿no me ha dicho con fría indiferencia, que mande la escuadra donde me plazca y vaya donde se me ocurra? — sólomente porque le pedí lo que convenía á su servicio! Sí! ¿No me ha dicho, en pago de las muchas horas de ansiedad que he pasado en la penosa y delicada situación que ocupo — « puede V. irse cuando guste? » Ah! General, ha sido un doloroso día para mí — que nunca habría esperado haber visto, aunque á veces me asaltan dudas al espíritu de si el llevar á su casa y á su mesa á personas que me habían tratado mal, no acabaría por romper la armonía y destruir la confianza con que V. me honraba.

Nunca podré volver á verle mientras no sienta que puedo hacerlo sin una lágrima en los ojos. Siento deseos de evitar la sociedad de los hombres — en todo he sufrido hasta ahora desengaños. Me retiraré donde la amistad de Lady Cochrane venga á agregarse al consuelo que siento por no haber nunca dañado ni pretendido dañar á hombre alguno, ó cometido actos que mi conciencia me reproche.

Que tenga V. éxito en todos sus esfuerzos por el bien de la humanidad — que sea usted tan grande como pueden hacerlo la justicia, el honor, la sabiduría y todas las virtudes — son los votos de su apesadumbrado, pero sincero amigo. — COCHRANE. — Á su Excelencia el Protector, etc., etc., etc.

APÉNDICE N.º 31, AL XLVI, § VIII

Carta de San Martín á Bolívar después de la entrevista de Guayaquil.
(V. nota N.º 34 del cap. XLVI.)

Excmo. Señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.

Lima, 29 de agosto de 1822.

Querido General : — Dije á usted en mi última, de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil é inepto Torre-Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de la América.

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, ó que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la república, permítame general le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto á la segunda, estoy muy persuadido, que la menor manifestación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside.

No se haga V. ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú á más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enferme-

dades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no han sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que V. envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao, y el orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males.

En fin, general; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que le impide á usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad, terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.

No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse á tan justa exigencia, remitiré á usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser á usted de alguna utilidad su conocimiento.

El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor que usted le dispense toda consideración.

Nada diré á usted sobre la reunión de Guayaquil á la república

de Colombia. Permítame, general, que le diga, que creí que no era á nosotros á quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar á los intereses de los nuevos estados de Sud-América.

He hablado á usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen á traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito á usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores.

Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor.

JOSÉ DE SAN MARTÍN.